

2. CON ROGER GARAUDY

Era imposible pasar entre la multitud de estudiantes que rodeaba al controvertido escritor francés Roger Garaudy al terminar su última intervención en el ciclo de conferencias de invierno "Crítica de la Utopía", organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

—*Usted me indicó por teléfono que me concedería una entrevista, hoy, al terminar.*

—¡Ah... sí!, pero creo que va a ser imposible porque no tengo tiempo...

—*Pero aunque sea rápidamente, una hora bastaría...*

—¿Una hora...? ¡Qué barbaridad! Lo más que podría concederle serían 5 minutos... y eso junto con esta señorita que viene del periódico... ¿De qué periódico es usted...?

—*Excélsior.*

—*Bueno, si no queda más remedio...*

Dies minutos después de atravesar corredores y eludir cazadores de autógrafos, por fin nos encerramos en un cubículo con Roger Garaudy.

A velocidad de ametralladora y con gran dominio del *savoir faire* publicitario, el filósofo francés fue contestando las preguntas:

—*¿Cuáles serían las críticas que se le pueden hacer a un sistema capitalista que ya no responde exactamente al modelo analizado por Marx?*

—Si entiendo bien se trata del problema de las nuevas contradicciones. Seguramente usted asistió a la primera exposición que hice y a la discusión correspondiente en las que subrayé que no han sido superadas las contradicciones analizadas por Marx y Lenin. Para dar un ejemplo: se habla de sociedades de consumo y de que hay mucha gente que tan solo es candidata al consumo pero, comenzando por Francia, la mitad de los franceses ganan menos de 1 000 francos nuevos mensuales. Esto quiere decir que estamos muy lejos de una sociedad de consumo y también, para dar otro ejemplo, que el desempleo en estos países no es absolutamente una especie de enfermedad o error del sistema, sino una ley de estructura. Así en los Estados Unidos consideran que la cifra "óptima" es de 3 millones

de desocupados, entre más peligroso sea esto, menos se permitirá a los sindicatos con posición de fuerza la discusión de esa ley, aunque lo quieran. El plan francés incluye también algunos centenares de miles de desocupados, como necesidad estructural del sistema. No sólo no han sido superadas estas contradicciones tradicionales sino que se les han agregado contradicciones nuevas, —tema tratado por mí ese día. En particular la sociedad se convierte más y más contradictoria al exigir de un trabajador el máximo de iniciativa y mayor responsabilidad en su trabajo profesional y al mismo tiempo reclamarle obediencia incondicional al propietario privado o colectivo de los medios de producción.

—¿Qué opina de las tesis de John Kenneth Galbraith sobre la tecnoestructura?

—Hace apenas 3 semanas tuvimos en París una reunión Galbraith, Mendes-France y yo, ¡ah!... y también Rocard. Repetiré las críticas que formulé en su presencia. Me parece que bajo el nombre de la llamada tecnoestructura se escamotea lo que constituye la verdad profunda de las cosas, a saber: el mantenimiento de las relaciones capitalistas, porque aun lo que se llama la tecnoestructura, es decir el conjunto de tecnócratas y técnicos, nunca ha buscado otra cosa que el medio para “optimizar” el funcionamiento del sistema pero jamás el fin del sistema; en consecuencia, su finalidad, todos lo sabemos bien, es la misma del capitalismo: la ganancia por la ganancia. Pero, entiéndase bien, no se puede juzgar eso como en el siglo diecinueve, como si se tratase de un pequeño capitalismo artesanal que guarda sus ganancias debajo del colchón; es evidente que a partir de un cierto nivel de ganancia, el aumento de ésta ya no es un objetivo para el capitalismo sino el incremento de su poderío. Por consiguiente la ganancia por la ganancia se convierte necesariamente en el crecimiento por el crecimiento, como lo recordé el otro día, repitiendo la “gracejada de Galbraith”: en países como los Estados Unidos, todo sucede como si San Pedro en el cielo, al recibir las almas y antes de enviarlas al paraíso o al infierno les preguntara solamente: ¿“qué hiciste en la tierra para aumentar el producto nacional bruto?”

—¿Qué perspectivas ve usted para el socialismo en América Latina?

—No es mi tema; no conozco las perspectivas de América Latina. Son los latinoamericanos los que deben verla, yo no soy un colonialista intelectual. No me colocaré en el lugar del “Tercer Mundo”. Le daré una respuesta: hubo un brasileño que contestó perfectamente y con toda razón cuando un francés le preguntó: “¿Cómo podemos ayudar en vuestro movimiento revolucionario?” El brasileño dijo: haga la revolución en su casa, en Francia. Tenía

razón. De la misma manera, nosotros no debemos dar recetas culinarias para cocinar la revolución en el “Tercer Mundo”.

—¿Qué piensa del reciente planteamiento de Monseñor Hélder Cámara, hecho en una entrevista para LE NOUVEL OBSERVATEUR, en el sentido de que sería bueno que usted escribiera un libro reexaminando las tesis marxistas sobre la enajenación religiosa?

—¡Ah, sí! Ya recuerdo, no conozco el texto de *Le Nouvel Observateur* pero alguien me lo pasó durante mi última conferencia... A ver, por aquí ha de estar... Sí, dice: “Sería importante que Garaudy escribiera un libro ya que la relación religión-alienación no es ya necesaria porque el socialismo ha evolucionado”. No sólo recojo inmediatamente la sugestión del arzobispo de Recife, sino que la contesto, puesto que mi libro acaba de salir en París hace tres días es exactamente la respuesta a las exigencias perfectamente legítimas de Hélder Cámara y hace ya varios años que Hélder Cámara me presentó esta cuestión, en una reunión en Ginebra dijo: “Nosotros católicos tenemos que dar un paso: hasta el presente la iglesia católica, desde Pío XII, consideraba que el capitalismo no es condenable sino en sus abusos, mientras que el comunismo es intrínsecamente perverso; ahora bien, se trata de invertir la fórmula y decir que el capitalismo es intrínsecamente perverso y el socialismo sólo condenable por sus perversiones. Esto respecto a los católicos; ustedes deberían dar el paso simétrico, es decir, disociar una filosofía de vuestra política”.

A lo largo de mi libro yo sostengo esta tesis: que primeramente, el hecho de tener fe no implica que uno sea un revolucionario de segunda clase, porque yo no considero que la fe sea la adhesión a un cierto número de proposiciones intelectuales, sino una actitud para la acción; y segundo, yo soy personalmente materialista y ateo, pero considero que no hay ningún lazo necesario entre materialismo, ateísmo y revolución...

No tengo ningún inconveniente en que Hélder Cámara sea secretario general de un partido comunista.

—¿Cree usted que hay en los grandes partidos comunistas de los países capitalistas, como el francés o el italiano, una alienación de la base a la dirección?

Sí, pero quizá no vale la pena usar una palabra de tanto peso para decir que los militantes no son consultados democráticamente... y nada más.

—¿Existe la formación de una nueva clase social en los llamados países socialistas?

No, yo no creo que tengan razón Djilas, ni los teorizantes acerca de la sedicente clase burocrática; lo que hay es una clase parasita-

ria, pero que no presenta ninguna de las características de lo que Marx definió como clase social...

—¿Cudl es el camino para evitar la aparición de un socialismo burocrático?

—Creo que es necesario preparar desde ahora la autogestión, si desde ahora los trabajadores no controlan su sindicato, no controlarán jamás la empresa en un régimen socialista, si desde ahora no controlan su partido, no controlarán jamás el estado en un régimen socialista.

No sólo eso. Si [los trabajadores] no participan en las decisiones y en su ejecución en los sindicatos y en su partido no podrán combatir eficazmente al capitalismo, ya que la lucha contra el capitalismo, aunque puede ser llevada al cabo por los estados mayores, aun teniendo a favor una crisis particularmente grave, una huelga... una guerra que les permita tomar el poder, conduciría sin aquella condición al socialismo de tipo burocrático... y aun despótico. Es por eso que desde ahora son indispensables los consejos obreros..., la autogestión.

—¿Cudles pueden ser las soluciones para cambiar la burocratización socialista actual en los países socialistas?

—Ahí está Dubcek, ahí está Gdansk...

—¿Esto quiere decir que es necesaria la formación de otro partido obrero en estos países?

—¡No, no, no...! Yo ya no creo en partidos, los partidos son una fórmula a la que desgraciadamente nos hemos habituado desde la Revolución Francesa. En Francia no hay siquiera uno por ciento de franceses organizados en los partidos políticos. Hay quinientos mil franceses que pertenecen, nominalmente, a un partido político —300 000 en el Partido Comunista, los otros en conjunto no agrupan 300 000— y existen cerca de 50 millones de franceses.

Durante las elecciones puede haber otra ficción porque la elección se hace entre el mismo viejo surtido, es decir escoger entre la boleta verde o la roja, pero eso... creo que pertenece al pasado.

—Entonces en la Unión Soviética, por ejemplo, ¿sería espontánea la movilización de la base obrera?

—No es cuestión de espontaneidad, es cuestión de consejos obreros, de partir de la base...

—¿Y quién organizará estos consejos obreros, este "partir de la base"...?

—A mi juicio el conjunto de obreros, en el sentido en que el mismo Lenin lo concebía, cuando él decía que los obreros y aun sus sindicatos, deberían servir para luchar contra las deformaciones burocráticas de su estado y de su partido. Es eso lo que se ha perdido, eso es lo que hay que encontrar.

—Sí, sí, pero hoy, con estos sindicatos, con estos partidos comunistas, ¿cómo piensa usted que sea posible?

—Como hicieron los obreros de Gdansk; el partido estaba burocratizado, los consejos obreros, creados en 1956, estaban burocratizados, crearon comisiones obreras, independientemente de todos estos marcos, del partido, del estado, del sindicato, de los consejos obreros. ¡He ahí donde se encuentra la...!

—¿Usted no cree que haya algún grupo, con un programa más o menos definido, que esté organizando al menos en parte, a los obreros de Gdansk?

—No, si usted hace un pequeño grupo aparte, usted formará una secta de disidentes...

—No me refiero a un grupo sectario, sino a algún grupo que tenga la concepción de participar directamente con los obreros en...

—Son los obreros mismos los que lo hacen y lo hacen bien. Es por eso que no se advierte una democracia "delegada", "alienada". Lo que reprocho al sistema es no ser suficientemente representativo, lo que le reprocho es firmar un cheque en blanco por 7 años a favor del presidente de la república, o a favor de algún dirigente del partido por años y años... No más democracia "alienada", dualista, eso es la suma y resta de la sociedad de clases, la democracia dualista.

—Entonces, ¿cree usted que los principios teóricos de los partidos comunistas no serán capaces de llevar a la revolución en los países capitalistas por ejemplo...?

—No, ése es un problema demasiado vasto. El problema es saber cómo se deciden a evolucionar esos partidos. Actualmente, para un partido como el de Francia o como el de Italia, estoy seguro que será para bien. Ahí donde hay jóvenes que le tienen confianza al partido comunista, éste constituye la principal fuerza revolucionaria.

¡El problema no es la dimensión de los males de esos partidos sino hacerlos cambiar!

—Pero, ¿esos partidos no están burocratizados completamente?

—¡Pero en la dirección solamente! Hay que distinguir entre la dirección y la base... Es esta base fundamentalmente la masa esencial y fuera de la cual no se puede formar una verdadera fuerza revolucionaria.

Lo otro son las ilusiones de los grupúsculos, de Rocard, de no importa quien... Yo no las comparto. Es con esta masa, pero cambiando su dirección y basta... cambiando la dirección de la dirección...

—¿Hasta qué punto esa masa comprende el alcance de su lucha contra esa dirección...?

—La prueba de que la comprende es que desde ahora 29 federaciones de nuestro partido tomaron este rumbo y es apenas un hecho que comienza...

Entonces, ¿por qué usted...?

—Entonces se acabó la entrevista... Habíamos dicho que 5 minutos...

Sin dar tiempo a replicar Garaudy salió, dejando en la punta de la lengua muchísimas interrogantes sobre el papel de la intelectualidad en los llamados países socialistas, sobre la existencia o no de vanguardias revolucionarias en la clase obrera de los países capitalistas y sobre todo, sobre la cuestión del imperialismo y su relación con los países del "Tercer Mundo".